

art buchwald

PRESIDENTE DEL MUNDO

RECIENEMENTE, en Europa, a dondequiera que fui, se me hizo la misma pregunta: "¿Quién va a ser el próximo presidente de los Estados Unidos?"

La elección de presidente en Estados Unidos ha alcanzado tan grandes proporciones que creo que sólo hay una solución para el problema, y es la de que los Estados Unidos abran sus elecciones presidenciales a todo el mundo. A cualquier ciudadano, de cualquier país, mayor de veintidós años de edad, debería permitírsele votar para elegir al presidente de Estados Unidos. De este modo sería escogido basándose en su popularidad en el mundo entero, y no sólo en nuestros cincuenta estados.

Las ventajas de tal elección sobrepasarían el costo de instalar colegios electorales en lugares tan lejanos como Sierra Leona o Borneo. Y si el presidente fuera elegido por el mundo entero, nadie podría quejarse de que sólo representa los intereses de nuestro país.

Puesto que todos participarían en la elección, las gentes de otras naciones estarían obligadas a apoyarlo y a respaldarlo en las decisiones que les afectasen. Creo que si abrimos las elecciones a todo el mundo, cesarán los ataques al dólar y las demostraciones contra nuestras embajadas, y la Sexta Flota será bien recibida en todas partes.

Sé que habrá gentes que dirán que la idea es impracticable. Señalarán que sería muy costoso para los candidatos hacer campaña en todas las regiones del globo y, además, habría la barrera del idioma. Pero éstas no son objeciones serias. Durante cuatro años, Richard Nixon ha estado viajando por todo el mundo en campaña por nuestra presidencia, y esto no le ha perjudicado. Con televisión mediante satélites, los otros candidatos pueden enviar sus mensajes, hasta con subtítulos. No habría dificultades para adaptar una campaña política norteamericana a un patrón universal.

Los críticos dirán que muchos pueblos en el mundo no están suficientemente informados para votar por un presidente norteamericano. Pero esto es, por supuesto, una mentira. Todo el mundo sabe acerca de la política norteamericana, y hasta en la Unión Soviética, de donde acabo de regresar, las personas que rehusaron expresar opinión sobre su propio gobierno no tuvieron el menor inconveniente en hacerlo respecto al nuestro.

La única manera de lograr que el resto del mundo apoye a los Estados Unidos es permitirle que participe en la elección de nuestro presidente. ¿Por qué tienen que ser sólo los norteamericanos quienes asuman la responsabilidad de elegir a Nixon, Humphrey o McCarthy, cuando todos los demás van a criticar la elección, de todos modos?

(Copyright 1968, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)



cida en 1956, Penn explicaba por qué William H. Boney, más conocido como Billy el Niño, se produjo en la vida con aquella desahogada violencia; no tenía otro recurso ante una sociedad que había instituido la violencia como norma; pero, por eso mismo, la sociedad no consentía una violencia que se hallara fuera de los cauces marcados y legalizados. Penn no justificaba a Billy el Niño: lo explicaba históricamente. Es lo que ha hecho con Bonnie y Clyde. Ante todo se trata de una crónica histórica. El revuelo que se ha armado en torno al film puede haber

contribuido a desfigurar su verdadera significación, y conviene observar que nos encontramos ante uno de los más lúcidos y apasionados testimonios sobre nuestra época, a través de la crónica puntual —manipulada por cierto gusto romántico y humorístico— de una época pasada.

Quizá pueda desfigurar también la comprensión del film la copia que se proyecta aquí, en la que están ausentes algunos datos esenciales. Por ejemplo, el desnudo de Faye Dunaway en la primera escena. El autor explica sus motivos: «Era para mostrar que estaba "disponible" y esperaba que alguien la deseara y se la llevase. Era una forma rápida y elíptica de significarlo, sin tener que volver sobre ello en el curso del relato. La idea era la siguiente: ella estaba sola, reflexionaba sobre lo que la vida debía ser, y lo terrible que era en ese momento; iba a la ventana y veía a Clyde. Era una introducción muy romántica, sin dudas».

Algo más grave es que en la versión proyectada no aparezca por ninguna parte el problema de la impotencia de Clyde, que se explicitaba en una escena de la versión original y que aquí, por un extraño montaje, adquiere un sentido completamente distinto. Penn tiene algo que decir sobre la cuestión: estima que a Clyde «le gustaba el gang, la vida "entre hombres", más que una vida basada en el amor hacia Bonnie. Por supuesto, había en el fondo el embarazoso problema de su impotencia; por esto prefería estar con muchachos, para no hacer frente a esa situación embarazosa». El conocimiento de estos datos es imprescindible para apreciar el «tono» del relato, las intenciones del autor, las conductas de los personajes. ■ J. G. D.

VENECIA, UN FESTIVAL EN TRANCE

Después del aplazamiento, la reanudación



La Mostra ha sido aplazada, no suspendida, como se creyó en un primer instante. Al cierre de este número se dice que será inaugurada el día 27. De todas maneras, la tensión continúa en los pasillos del Palacio del Festival. Chiarini, el hombre fuerte de Venecia, acusado de dictador, de fascista, por la prensa de derecha e izquierda, dimitió, pero comunicó poco después que como su renuncia no había sido aceptada continuaría al frente del Certamen. También dimitió el Jurado en pleno, pero se rumorea que volverá a reunirse si el Festival reanuda sus sesiones. Todo es confuso. Marcuse se declara partidario de la existencia de la Mostra. Jean Paul Sartre declara que ni los Festivales de cine ni los concursos literarios de-

berían existir: los premios de unos y otros no son sino una fórmula para manipular al consumidor. El frente de oposición a la Mostra está formado por Cesare Zavattini, Ugo Gregoretti y Gillo Pontecorvo. Por su parte, Pasolini está en la cuerda floja; unas veces a favor, otras en contra. Antonioni ha escrito desde Estados Unidos —donde rueda un film producido por el capital americano— una carta solidarizándose con los que tratan de boicotear el Festival. Buñuel ha dirigido un comunicado a Chiarini solidarizándose con su gestión. La «contestación» de Venecia ha empezado ya. Los días sucesivos resolverán la incógnita de esta edición veneciana, que ha comenzado bajo el signo de la zozobra y la confusión. En la foto, Luigi Chiarini, rodeado de periodistas.

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, Chumy-Chúmez J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, R. López Goicoechea, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontenla. FOTOS: Cifra, Europa Press y Archivo.